

hablar de traicion? vuestro sentido se enajena; ya no me conoceis. — ¡Perdon, Osvaldo, perdon! exclamó Corina; en las pasiones profundas se halla dotado el corazon improvisamente de un instinto portentoso, y las penas se hacen oráculos. ¿Qué quiere decir, pues, esta palpitation dolorosa que agita mi pecho? ¡Ay! amigo, no la temiera si solo anunciase mi muerte.

Acabando estas palabras se ausentó precipitadamente Corina: temia hablar mucho tiempo con Osvaldo; no se complacia en el dolor, y procuraba alejar las impresiones de tristeza; pero volvian con mayor violencia despues que las habia ahuyentado. Al otro dia, cuando pasaron las lagunas pontinas, tuvo Osvaldo con su amiga aun mayores cuidados

príncipe D. Fernando de Portugal se dirige al rey de Fez, de quien es prisionero: quiso mas morir en cadenas que entregar á un rey moro una ciudad cristiana, que su hermano el rey Eduardo ofrecia por su rescate. Irritado el Moro de esta accion, le trató con la mayor crueldad, y el noble príncipe para aplacarle le recuerda que la misericordia y la generosidad son los distintivos verdaderos del poder soberano: cítele cuanto hay real en el universo; al leon, al delfin, al águila, de los animales; busca tambien en las plantas, y aun en las piedras, los caracteres de bondad natural que se atribuyen á las que reinan, al parecer, sobre las demas, y entónces dice que el diamante, capaz de resistir al hierro, se rompe por sí mismo, y se vuelve polvo para avisar al que le lleva cuando le amenaza la traicion. No puede decirse si es verdadero este modo de considerar á toda la naturaleza enlazada con los sentimientos y el destino humano; pero sí es muy cierto que agrada á la imaginacion, y que la poesía en general, y en particular los poetas españoles, le deben grandes bellezas.

que la primera vez; recibiólos ella con dulzura y gratitud, pero como que decian sus miradas: *¿por qué no me dejais morir?*

CAPITULO III

¡Qué desierta parece Roma viniendo de Nápoles! Éntrase por la puerta de San Juan de Latran; atraviéanse calles solitarias: el ruido de Nápoles, su poblacion, la viveza de sus habitantes acostumbran á cierto movimiento que al pronto hace á Roma muy triste; agrada de nuevo despues de estar allí algun tiempo; pero quien está acostumbrado á la vida de las distracciones, siempre siente melancolía cuando entra en sí mismo, aunque se encontrase mejor. Por otra parte, la mansion de Roma en la estacion en que se hallaban, á fines de julio, es muy peligrosa: el mal aire hace inhabitables muchos barrios, y el contagio se derrama á veces sobre toda la ciudad. Aquel año, en especial, eran las zozobras mayores de lo acostumbrado, y todos los semblantes llevaban la estampa de un secreto terror.

Al llegar, encontró Corina en el mismo umbral de la puerta á un religioso que le pidió licencia para

bendecir su casa, á fin de preservarla del contagio : consintió en ello Corina, y el sacerdote corrió todos los aposentos, rociándolos con agua bendita, y recitando oraciones en latin, Lord Nelvil se sonreia un poco ; mas Corina estaba enternecida — Yo encuentro, le dijo, un atractivo indefinible en todo lo que es religioso, porque ; es tan necesario el auxilio divino cuando las ideas y los sentimientos salen del círculo comun de la vida ! Los entendimientos superiores son los que á mi parecer necesitan mas de una proteccion sobrenatural. — Ciertamente existe esa necesidad, replicó lord Nelvil, mas ¿ se satisface de cualquier modo ? — Yo jamas me niego á orar repuso Corina, en compañía de cualquiera que me ofrece unir su plegaria á la mia. — Teneis razon, dijo lord Nelvil : y dió al sacerdote anciano y tímido su bolsa para los pobres, y él se fué bendiciéndolos á los dos.

Luego que los amigos de Corina supieron su llegada, corrieron presurosos á verla ; ninguno se admiró de que volviese sin ser esposa de lord Nelvil ; ninguno, por lo ménos, le preguntó las razones que habian impedido su union ; era tanto el placer de volverla á ver que hacia olvidar todas las demas ideas. Corina se esforzaba para manifestarse la misma, pero no podia conseguirlo ; iba á contemplar las obras maestras de las artes, que en otros dias le causaban tanto deleite, y hallaba dolor en cuanto sentia. Paseábase, ora por la villa Borghese,

ora cerca del sepulcro de Cecilia Metela, y la vista de aquellos sitios tan agradable para ella ántes, la molestaba ; ya no experimentaba aquella suave suspension, que haciendo conocer la inestabilidad de todos los placeres, les da un carácter mas tierno : ocupábale un pensamiento fijo y doloroso ; y la naturaleza que nada dice que no sea vago, no hace bien alguno cuando nos domina inquietud positiva.

En fin, en el trato de Corina y Osvaldo se habia introducido una sujecion incómoda ; no era todavía desgracia, porque en las profundas conmociones que causa, alivia tal vez el corazon oprimido, y hace nacer de la tormenta un relámpago capaz de descubrirlo todo : sino una violencia mutua, vanas tentativas para eludir las circunstancias que á ambos los agobiaban, inspirándoles cierto descontento recíproco : ¿ es imposible, en efecto, padecer sin culpar á quien amamos ? ¿ No bastaria una mirada, un acento para desvanecerlo todo ? empero esa mirada, ese acento no llegan cuando los esperamos, no llegan cuando son precisos. Nada hay fundado en el amor, parece una potencia divina que piensa y siente dentro de nosotros, sin que nos sea dado tener ningun influjo sobre ella.

De improviso se extendió en Roma una enfermedad contagiosa, cual no se habia visto en mucho tiempo ; acometió á una jóven, y sus amigos y familia, que no quisieron abandonarla, perecieron

tambien : la casa inmediata á la suya experimentó igual suerte; veíase pasar á todas horas por las calles de Roma aquella hermandad vestida de blanco, y cubierto el rostro, que acompaña á la iglesia los muertos, como si los llevasen sombras. Van colocados, con el rostro sin velo, en una especie de andas; únicamente se les echa encima de los piés un tafetan pajizo ó color de rosa, y á veces se divierten los muchachos en jugar con las manos heladas del que ya fué. Aquel espectáculo tremendo y vulgar juntamente, va acompañado del murmullo triste y monótono de algunos salmos; música sin modulacion en que ya no se percibe el acento del alma humana.

Una noche que estaban solos lord Nelvil y Corina, y que lord Nelvil padecia mucho por el sentimiento doloroso y oprimido que advertia en ella, oyó debajo de sus ventanas aquellos sonidos lentos y prolongados que anunciaban una ceremonia fúnebre : escuchó algun tiempo callado, y luego dijo á Corina : — Quizá mañana me asaltará esa enfermedad contra quien no hay defensa, y sentireis no haber dicho á vuestro amigo algunas palabras tiernas, en un dia que podia ser el postrero de su vida. Corina, la muerte nos amenaza de cerca á los dos; ¿no bastan los males de la naturaleza, sino que tambien nos hemos de despedazar el corazon mutuamente? — Al punto sobrecogió á Corina la idea del peligro que corria Osvaldo en medio del contagio, y le suplicó se ausentase de Roma. Él lo rehusó con la

mayor determinacion ; entónces le propuso ir juntos á Venecia, y consintió con alegría, porque temblaba por Corina, viendo tomar mayor fuerza cada dia al contagio.

Fijaron su partida de allí á dos dias ; pero no habiendo visto lord Nelvil á Corina la vispera, por tenerle ocupado un Inglés amigo suyo, que iba á partir, recibió en la misma mañana un billete en que ella le decia que un asunto repentino é indispensable le obligaba á pasar á Florencia, desde donde iria á juntarse con él en Venecia dentro de quince dias : pediale que pasase por Ancona, para cuya ciudad le encargaba una comision al parecer importante : el estilo de la carta era tierno y sosegado ; y desde Nápoles no habia encontrado Osvaldo tan suave ni tan sereno el lenguaje de Corina. Creyó, pues, lo que la carta contenia, y disponiase á partir, cuando le ocurrió el deseo de ver otra vez la casa de Corina ántes de salir de Roma. Llega, y la mujer anciana que cuidaba de ella le dice que han marchado con su señora todos los criados, y no responde á todas sus preguntas una palabra mas. Vase á casa del principe de Castel-Forte, que nada sabia de Corina, y se admiraba en extremo de que hubiese partido sin darle aviso : por fin, se apoderó el sobresalto del corazon de lord Nelvil, y discurrió ir á Tivoli para ver al apoderado de Corina, que se hallaba establecido allí, y debia haber recibido alguna orden suya.

Monta á caballo, y con extraordinaria velocidad, nacida de su agitacion, llega á la casa de Corina; todas las puertas estaban abiertas; entra, corre algunos aposentos, sin ver á nadie, penetra, por fin, hasta el de Corina, y entre la oscuridad que reinaba en él, vela tendida en su lecho, y á Teresina sola á su lado: lanza un grito al tiempo de conocerla: aquel grito hace volver en sí á Corina; divísale, y dícele levantándose: — No os acerqueis, os lo prohibo; ¡muero, si os acercais! — Un profundo terror sobrecogió á Osvaldo; pensó que su amiga le acusaba de algun delito oculto que creia haber descubierto; creyó le aborrecia, le despreciaba; y poniéndose de rodillas explicó aquel temor con una desesperacion y un abatimiento que sugirieron de improviso á Corina la idea de aprovecharse de su error, mandándole apartarse de ella para siempre, como si en efecto fuese culpado.

Iba á salir, ofendido y turbado, iba á dejarla, cuando Teresina exclamó: — ¡Ah! milord, ¿abandonais á mi buena señora? ¡ha despedido á todos, y ni aun mi cuidado queria, porque tiene la enfermedad contagiosa! Al oir estas palabras que al instante instruyeron á Osvaldo del delicado ardid de Corina, se arrojó enajenado en sus brazos, con un enternecimiento que no habia experimentado jamas. En vano le rechazaba Corina, en vano se indignaba con Teresina por haber declarado su secreto; Osvaldo hizo seña imperiosamente á Teresina de que

se fuese, y apretando á Corina contra su corazon, y cubriéndola de llanto y de caricias: — Ahora, exclamó, ahora no morirás sin mí, y si corre por tus venas el fatal veneno, al ménos, gracias al cielo, le he respirado sobre tu pecho. — ¡Cruel y querido Osvaldo, respondió Corina, á qué tormento me condenas! ¡Dios mio, pues no quiere vivir sin mí, no permitireis que perezca! ¡No, no lo permitireis! Y acabando estas palabras le faltaron las fuerzas. Por espacio de ocho dias estuvo en sumo riesgo; en medio de su delirio repetia sin cesar: ¡*Que aparteis de mí á Osvaldo, que no se acerque, que no sepa donde estoy!* Y cuando volvía en sí, y le conocia, deciale: ¡Osvaldo! ¡Osvaldo! estais ahí: ¡nos reuniremos en muerte y en vida! — Y cuando le veia descolorido, la asaltaba un terror mortal, y pedia en su enajenamiento auxilios para lord Nelvil á los médicos que le habian dado la prueba rarísima de afecto de no abandonarla.

Osvaldo tenia continuamente entre sus manos las manos ardientes de Corina; siempre apuraba la copa que ella habia medio bebido; en fin procuraba con tanta ansia participar del riesgo de su amiga, que ella misma cesaba de combatir aquel sacrificio amoroso, y poniendo la cabeza sobre el brazo de lord Nelvil se resignaba con su voluntad. Dos seres que se aman bastante para conocer que no existirian uno sin otro, ¿no pueden, llegar á aquella noble y tierna intimidad que todo lo hace comun, hasta la

misma muerte (1)? Por fortuna no contrajo lord Nelvil la enfermedad : Corina se restableció; pero otro mal penetró mas que nunca en su corazon, porque la generosidad y el amor que su amigo le manifestó, redoblaron todavía el cariño con que le amaba.

CAPITULO IV

Decidióse, pues, que para evitar el aire funesto de Roma, irian lor Nelvil y Corina á Venecia. Habian vuelto á su silencio habitual sobre sus proyectos futuros; pero se hablaban de su pasion con mas ternura que nunca, y Corina huia con igual cuidado que lord Nelvil el asunto de conversacion que alteraba la deliciosa paz de su mútuo trato. Era tanto deleite pasar un dia con él; complaciase tanto, al parecer, con la conversacion de su amiga; observaba todos sus movimientos, estudiaba sus mas le-

(1) Mr. Dubreuil, habilísimo médico frances, tenia un amigo llamado Mr. de Péméja, hombre de no menor talento. Cayó malo Mr. Dubreuil de una enfermedad mortal y contagiosa, y llenando de visitas su cuarto el interes que causaba su salud, llamó á Mr. de Péméja y le dijo : Es menester que se vaya toda esa gente; amigo mio, ya sabeis que mi enfermedad se pega, y aquí no debe estar nadie sino vos. —; Qué expresion! ¡Dichoso quien la oye! Mr. de Péméja murió quince dias despues de su amigo.

ves deseos con interes tan constante y tan seguido, que parecia imposible existiese de otra manera, ni que diese tanta felicidad, no siendo él mismo dichoso. Corina hallaba su seguridad en la misma ventura que disfrutaba, y al fin, despues de algunos meses de semejante situacion, viene á creerse que es inseparable de la existencia, y que así es la vida. Habíase, pues, sosegado de nuevo la agitacion de Corina, y acudia de nuevo á socorrerla su imprevision.

No obstante, la víspera de salir de Roma experimentaba se sentia muy melancólica, temiendo y deseando ausentarse para siempre de ella. La noche anterior al dia señalado para su partida, no podia conciliar el sueño, y oyó pasar por debajo de sus ventanas un tropel de Romanos y Romanas que se paseaban cantando al resplandor de la luna. No pudo resistir al deseo de seguirlos, y de recorrer de aquel modo por última vez su ciudad querida; vistióse, hizo la siguiesen á lo léjos su noche y sus criados; y echándose un velo porque no la conociesen, alcanzó á poco trecho aquel tropel, que se habia parado en el puente de Santángelo, enfrente del mausoleo de Adriano. Parecia que la música expresaba en aquel sitio la vanidad de los esplendores mundanos, y que se veia en el aire la gran sombra de Adriano, pasmada de no hallar en la tierra mas huellas de su poder que un sepulcro. El tropel continuó su camino siempre cantando, en medio

del silencio de la noche, en las horas en que duermen los dichosos : y aquella música tan suave y tan pura como que sonaba para dar consuelo á los que padecian. Seguía la Corina, siempre arrastrada por el hechizo irresistible de la melodía que no permite sentir ninguna fatiga, y hace caminar con alas por la tierra.

Paráronse los músicos delante de la columna Antonina, y de la columna Trajana ; saludaron luego al obelisco de San Juan de Latran, y cantaron á la vista de cada edificio : el idioma ideal de la música convenia dignamente con la expresion ideal de aquellos monumentos ; solo el entusiasmo reinaba en la ciudad mientras dormian todos los intereses vulgares. En fin, se alejaron los cantores, y dejaron á Corina sola junto al coliseo : quiso entrar en su recinto para despedirse de Roma antigua ; y no es posible conocer la impresion del coliseo no habiéndole visto sino de dia, porque el sol de Italia tiene un esplendor que da á todo cierto aire festivo ; pero la luna es el astro de las ruinas. A veces por las aberturas del anfiteatro, que parece se levanta hasta las nubes, se descubre parte de la bóveda del cielo, como una cortina de azul oscuro puesta detras del edificio ; y las plantas que se agarran á las paredes destruidas, y crecen en parajes solitarios, visten los colores de la noche, y el alma tiembla y se enternece al mismo tiempo de verse sola con la naturaleza.

Uno de los lados del edificio está mucho mas destruido que el otro : así luchan desigualmente con el tiempo dos contemporáneos ; abate al mas débil, y el otro resiste, y cae de allí á poco. — ¡ Sitios majestuosos, exclamó Corina, donde ningun ser vivo existe conmigo ahora, donde solo mi voz responde á mi voz ! ¿ cómo no se calman las tormentas de las pasiones con este sosiego de la naturaleza, que deja pasar tan quietamente á su vista las generaciones humanas ? ¿ no tiene mas fin que el hombre el universo, y son todas sus maravillas únicamente para reflejarse en su alma ? ¡ Osvaldo ! ¡ Osvaldo ! ¿ por qué te he de amar con tanta idolatría ? ¿ por qué me he de abandonar á estos sentimientos de un dia, de un dia comparados con las esperanzas sin fin que nos unen á la divinidad ? ¡ Oh Dios mio ! si es verdad, como creo, que os admira mas quien es capaz de mas reflexion hacedme hallar en el pensamiento un asilo contra los dolores que mi corazon padece. Ese noble amigo, cuyas miradas tan tiernas no pueden borrarse de mi memoria, ¿ no es un ente pasajero como yo ? empero entre esas estrellas hay un amor eterno, el único que puede bastar á la inmensidad de nuestros deseos. — Corina permaneció largo tiempo sumida en sus meditaciones, y luego, por fin, se encaminó lentamente hácia su morada.

Pero ántes de entrar en ella, quiso ir á San Pedro, y esperando allí el dia, subir á la cúpula, y decir adios desde aquella altura á la ciudad de

Roma. Al acercase á San Pedro, el primer pensamiento que le ocurrió fué figurarse aquel edificio como seria cuando llegase tambien á ser ruina, y objeto de admiracion á los siglos futuros. Representóse aquellas columnas ahora en pié, medio tendidas en la tierra, aquel pórtico hecho pedazos, y aquella bóveda descubierta; mas aun entónces el obelisco de los Egipcios debia reinar sobre las nuevas ruinas; aquel pueblo trabajó para la eternidad terrestre. Al fin rayó la aurora, y desde la cima de San Pedro contempló Corina á Roma lanzada en el campo inculto, como un oasis en los desiertos de Libia. Está rodeada de asolacion; pero aquel número infinito de campanarios, de cúpulas, de obeliscos, y de columnas que la dominan, y sobre los cuales se levanta todavía San Pedro, dan á su aspecto una belleza portentosa: esta ciudad posee, digámoslo así, un encanto individual; ámasela como un ser animado; y sus edificios y sus ruinas son amigos, á quienes se dice adios.

Corina dirigió sus sentimientos al coliseo, al panteon, al castillo Santángelo, á todos los sitios, cuya vista habia renovado tantas veces los placeres de su imaginacion. Adios, tierra de las memorias, exclamaba, adios, mansion donde no depende la vida de la sociedad ni de los sucesos, donde el entusiasmo se reanima con las miradas, y con la íntima union del alma y de los objetos exteriores. Parto, voy á seguir á Osvaldo, sin saber siquiera qué suerte

me destina él, á quien prefiero á la suerte independiente que me ha hecho pasar tan venturosos dias. Quizá volveré; mas ¡ay! será con el corazon herido, con el alma sin vigor; ¡y vosotras mismas, bellas artes, antiguos monumentos, sol, que tantas veces invoqué en las regiones nebulosas donde me hallé desterrada, no podreis ya nada conmigo!

Derramó lágrimas al pronunciar estos adioses; pero jamas pensó Corina un instante dejar partir á Osvaldo solo. Las resoluciones que proceden del corazon tienen la particularidad de que al tomarlas se forma juicio de ellas, y á veces las desaprueba uno mismo con severidad, sin vacilar realmente en tomarlas: porque cuando la pasion se enseñorea de un ánimo superior, separa del todo la accion y el raciocinio, y para perturbar aquella no necesita que este se engañe.

Los cabellos de Corina y su velo, dispuestos pintorescamente por el viento, daban á su semblante tan notable expresion, que las gentes al verla salir de la iglesia, fueron en pos de ella hasta su coche, dándole muestras vivísimas del entusiasmo que les inspiraba. Corina volvió á suspirar cuando se apartó de aquel pueblo, cuyas impresiones son siempre tan apasionadas, y á veces tan amables.

Mas aun no bastaba. Era fuerza que Corina sufriese la prueba de los adioses y del sentimiento de sus amigos. Inventaron fiestas para detenerla algunos dias: compusieron versos para repetirle de mil

modos que no debía abandonarlos, y al partir, por fin, la acompañaron todos á caballo hasta veinte millas de Roma. Hallábase enterneada en extremo; y Osvaldo bajaba los ojos confuso, culpándose de arrebatarle tantos deleites; empero sabia que si le propusiera quedarse, la hubiera afligido aun mas. Parecia egoísta en apartar á Corina de Roma, y en realidad no lo era; por cuanto el temor de desconsolarla partiendo solo, podia mas en él que la felicidad de que disfrutaba en su compañía: ignoraba qué habia de hacer, ni veia cosa alguna mas allá de Venecia; pero habia escrito á un amigo de su padre en Escocia, á fin de que le noticiase si emplearian presto á su regimiento activamente en la guerra, y aguardaba respuesta. A veces proyectaba llevar á Corina á Inglaterra, y al punto advertia que la desacreditaria para siempre conduciéndola en su compañía á aquel país sin ser su mujer: en otras ocasiones pensaba casarse con ella en secreto ántes de partir, para endulzar la amargura de la separacion, y de allí á un instante desechaba semejante idea. — ¡Hay secretos para los muertos? decia; y ¡qué ganaré en hacer misteriosa esa union á que solo se opone el respeto de un sepulcro? — En fin padecia infinito; su alma, falta de vigor en todo lo que dependia de la ternura, sufría crueles agitaciones de contrarios afectos. Corina se le entregaba como una víctima resignada; se exaltaba en medio de sus penas con sus mismos sacrificios, y con la generosa imprudencia

de su corazon, miéntras Osvaldo responsable de la suerte ajena, contraia cada instante nuevos vínculos, sin adquirir poder para entregarse á ellos, y sin disfrutar de su amor ni de su conciencia, pues que solamente los sentia para su guerra interior.

Al tiempo de despedirse de Corina todos sus amigos, recomendaron con ansia su felicidad á lord Nelvil: cumplimentáronle por verse amado de la mujer mas superior, y el baldon secreto que al parecer encerraban sus felicitaciones fué un nuevo pesar para Osvaldo. Advirtiélo Corina, y abrevió aquellas demostraciones de amistad, si bien eran tan amables. No obstante, cuando sus amigos, que volvian la cabeza de trecho en trecho para saludarla, desaparecieron, dijo á lord Nelvil solo estas palabras: — Osvaldo, ya no tengo mas amigo que vos. — ¡O como sentia en aquel momento necesidad de jurarle que seria su esposo! Estuvo muy próximo á hacerlo; pero despues de un largo padecer, impide entregarse á los primeros impulsos una desconfianza insuperable, y todas las resoluciones decisivas hacen temblar, aunque las pida el corazon. Corina pensó traslucir lo que pasaba en el alma de Osvaldo, y por un sentimiento delicado se apresuró á hablar de la region que iban recorriendo.
